



MENTIRIDADES DE QUIENANDAY

Relatos

Luis Alonso Aparicio
Recopilador



Universidad Pedagógica de El Salvador
"Dr. Luis Alonso Aparicio"

MENTIRIDADES DE QUIENANDAY

Relatos

Luis Alonso Aparicio
Recopilador

Mentiridades de Quienanday

Relatos

Luis Alonso Aparicio
(Recopilador)

Créditos:

Diseño de portada, diagramación digital:
Alexander Alvarenga

Postproducción:
Gráfica
Tels.:2100-9257

© Copyright

Derechos de la publicación reservados por:
Lic.Luis Alonso Aparicio,
según Ley de Propiedad Intelectual.

2da. Edición, San Salvador, El Salvador.
Enero de 2014



IN MEMORIAM
Cesar Aparicio
El 07 de junio da 1914.
El 23 de diciembre de 1999.

HOMENAJE

Las narraciones recogidas en estas páginas, son un homenaje póstumo a dos de los más caracterizados narradores de la ciudad natal de quien ha recogido estas “historias” de Quienanday. Fueron ellos don José Martín Méndez Munguía y don Humberto Chávez. Ellos, cotidianamente, en las noches sin lluvia de la población, sin luz eléctrica, sin radio y sin televisión, juntaban en el atrio de la iglesia parroquial, cada uno en una esquina a un grupo de sus contertulios que, asiduos también, escuchaban embebidos sus “respectivas historias”. Su audiencia escuchaba devotamente al narrador y, a veces, en diálogo cordial enriquecían lo que aquél exponía, o, en ocasiones, alguno de ellos tomaba a su turno su propia narración con anuencia del que dirigía a tertulia. ¿Qué temas trataban? Esa es la gran interrogante que hasta hoy nadie ha podido confesar.

Lo que sí es cierto, es que ellos tuvieron la capacidad de dar a sus oyentes o contertulios, un respiro en la rutina del trabajo cuando la comunicación era de boca a oído como siempre fue en los tiempos en que los hombres, más que las mujeres, se reunían para contarse “sucedidos” de variados temas, incluidos los asuntos de la vida cotidiana.

Hombres humildes, de vida semi-rural, han de haber poseído un cuantioso repertorio de experiencias que compartían con su auditorio. Su habilidad para la narrativa fue, no cabe duda, arrobadora.

Desgraciadamente nadie recogió el producto de esas noches de tertulia.

Por eso, para que no fueran a correr la misma suerte las de Quienanday, se recogen aquí también como un homenaje para él.

AGRADECIMIENTOS

Satisfecho mi objetivo, rindo mi agradecimiento a mi esposa, a mis hijos, a mis hermanos y a algunos de mis sobrinos, por alentarme a escribir estos ajenos relatos; agradecimiento que extiendo a coterráneos que me narraron muchos de ellos, de manera especial a Miguel y Amílcar Velásquez, a Ramón Atilio Reyes, a Víctor Manuel Melara y a Sarita Aparicio y Aparicio.

Dejo testimonio de gratitud a la licenciada Ligia Corpeño, por su cuidado al revisar la digitación del texto; a mi ex-secretaria Judith E. González que los digitó uno y otra vez con especial paciencia; y a mi secretaria actual, Norma Trujillo, quien digitó los agregados últimos hasta completar la versión final revisada de la que se terminó de escribir en septiembre de 1993.

Contenido

13	PRÓLOGO
19	DE TAL PALO...
25	VOCES DEL PAREDÓN
31	UNA ALFOMBRA PARA EL GENERAL
37	SORPRESA DE VACACIONES
43	EL REGRESO DE "GAVILÁN" Y LA LÁMPARA FINLANDESA
49	EL OJO DESORBITADO
53	MAÍZ CONTRA ROBOS
59	LA CARCAJADA DEL VENADO
65	DIABLADAS
71	LA SERPIENTE INFINITA

PRÓLOGO

...La realidad necesita de la ficción para ser completa, más agradable más vivible. Pedro Almodóvar (cineasta español).

Los relatos reunidos en este volumen, han sido recogidos con la intención de que, como parte de la tradición oral de nuestra gente, no vayan a caer en el olvido.

No se hacen juicios sobre su originalidad, al menos en la mayoría de ellos, pero sí considero que evidencian una rica imaginación, teñida de rasgos ingenuos desde luego que el narrador es un modesto ciudadano con la cultura propia de la escuela primaria providencia de los años del primer tercio de este siglo.

Quien los ha recogido, ha introducido dos relatos ajenos a los del autor: “Voces del paredón” y “Diabladas”. EL primero para fijar una expresión (¡Adelante, mire al frente y camine...!) que le dé cierto sentido reiterativo a lo narrado y que ile un relato con los demás, a pesar de la diferencia de temas. El segundo está diseñado con cierto sabor de picardía, para identificar el apodo del narrador: “el diablo”.

El título que se ha dado al conjunto de relatos, tiene su origen en el juicio de quienes han escuchado: los juzgan una urdimbre de mentiras. Pero el narrador, dando vuelo a su imaginación, los ha considerado como hechos verídicos, como “historias” dentro de su propia experiencia; es decir, como verdades, de ahí el título de MENTIRIDADES DE QUIENANDAY.

Como hechos imaginarios, tienen una verdad en sí mismos: son producto de la imaginación y en ella se forman y de ella nace su propia verdad. Ese es el fenómeno que ocurre en el niño de pocos años: su imaginación crea verdades, aunque sean imaginarias. Desde la perspectiva de los mayores, sin embargo, las juzgamos como mentiras. Por eso dentro del poder de fabulación, propio solamente del ser humano, han tomado características de seres verdaderos Santa Claus, el Ángel de la Guarda, la Siguanaba, etc.

Los cuentos gustan, precisamente, porque tocan la fibra “fabuladora” de quienes los escuchan o de quienes los leen. De ahí nace el gozo por algo que aun no siendo real, se vive como si lo fuera. Esa es la virtud de lo que se fabula.

Dentro del marco de la fabulación, el nombre del fabulador se ha sustituido por el Quienanday, para ponerlo a tono con lo fabulado.

El nombre de QUIENANDAY, nació en primer lugar, de la costumbre de nuestra gente de juntar y deformar palabras (aglutinación) por economía de esfuerzo: en este caso Quienanday equivaldría a ¿quién anda ahí? o ¿Quién anda por ahí? En segundo término, me motivaron unas líneas del libro “El laberinto de la soledad”, del autor mexicano Octavio Paz quien en un análisis de las características de sus compatriotas dice: “La disimulación mimética, en fin, es una de tantas manifestaciones de nuestro hermetismo. Si el gesticulador acude al disfraz los demás queremos pasar desapercibidos (sic). En ambos casos ocultamos nuestro ser... Recuerdo que una tarde, como oyera un leve ruido en el cuarto vecino al mío, pregunté en voz alta: ¿Quién anda por ahí? Y la voz de la criada recién llegada de su pueblo contestó: “No es nadie, señor, soy yo”. Un ejemplo de negación del propio ser que, contrariamente a Quienanday, lo afirma con vehemencia en lo que cuenta.

La necesidad de narrar ha sido una constante en la historia de nuestros grupos sociales. Así, en las noches pacíficas de la estación seca, tiempo de recolección del algodón y de las moliendas de caña en la zona oriental y paracentral de nuestro país, era frecuente encontrar a la orilla de la carretera del litoral, allí donde su nivel se había elevado sobre suaves hondonadas, grupos de campesinos reunidos, ya con guitarras entonando canciones de su predilección, ya narrando, seguramente, experiencias vividas durante el día o recogidas a lo largo de los días. Allí sin duda,

se narraban cuentos; se conocían sucesos de la vida familiar o de la vida laboral, de manera que las reuniones eran el medio de comunicación que ponía al día a los circunstantes.

Mucho se ha escrito sobre la habilidad humana de narrar o otros sus “historias” reales o ficticias, de las cuales nacieron, con seguridad, los mejores cuentos que la literatura universal ha recogido.

Es seguro que en aquellas ruedas familiares, nuestros antepasados remotos, dieron vida a las narraciones de cacerías y aventuras dentro de un mundo pocas veces comprendido para ellos, pero del cual se recogían explicaciones con frecuencia reales que por aquella razón fueron rodeadas de fantasías cuando no era posible dar explicación a fenómenos y circunstancias que ocurrían en ese mundo que les escondía muchos de sus “secretos”. Cuantos mitos, cuantas cosmogonías y cuántas supersticiones nacieron de la interpretación de ese mundo conocido a medias en toda su profundidad. Hemos de estar seguros que de la porción velada de ese mundo, nacieron la cosmogonía, los gnomos, los gigantes, las hadas y otros seres con características maravillosas que se personificaron en “El gato con botas”, “El pájaro del dulce encanto”, etc.

Sana intención, quizás, de nuestros ancestros fue la de hacer más llevadera las durezas de la vida, y usaron la narración para aproximarse a la frontera entre la historia y el cuento; entre los “sucedidos” reales y los hechos ficticios.

Cuando los pequeños familiares se dispersaron, seguramente introdujeron nuevos elementos al contenido de la comunicación oral que habían utilizado; sin embargo, la trama original, en lo esencial, no varió significativamente. Como testimonio de ello, Jesualdo Sosa afirma que la literatura judía antigua produjo un libro titulado “Sendebat”, traducido con el “Libro de los engaños”, cuyo contenido lo formaban veintiséis cuentos unidos entre sí por una ficción parecida a “Las mil y una noches”. Se comprueba así, que las variaciones introducidas por los grupos que se dispersan, dejan tras de sí un núcleo de la tradición oral que se mantiene intacto a pesar de la dispersión.

Pareciera, por lo expuesto, que en la niñez de la humanidad se produjeron fenómenos semejantes a los que ocurren en la

evolución imaginativa de nuestros niños y niñas. Ya lo hemos dicho antes, y lo reiterarnos ahora, que de un mundo real apenas comprendido incipientemente, una vez complementado con el poder de la fantasía, nacen en niños y niñas creaciones que bien pueden caber en el “Sendebarr” de los judíos. Por eso mismo, Leticia Cossettini, en su libro “Teatro de niños” dice que “...El niño, toma las sugerencias de la realidad trasponiéndolas sutilmente a través de su incansable soñar”. Por eso, es de rigor tener como referente a niños y niñas, para comprender que en el alma del adulto - el caso de Quienanday -, seguramente quedan como adormecidos aquellos “sucedidos” que en la niñez no pudieron contarse por limitaciones de la expresión o por temor a que los mayores los tuvieran por mentiras. Brotan, en la imaginación del hombre maduro esos hechos que no pudieron alzar vuelo en el transcurso de la infancia.

Lo que Quienanday ha hecho, pues, es saltar sobre este mundo regido por el rigorismo de las leyes de la realidad; y lo ha hecho ya de adulto para darle libertad a ese niño que estuvo adormecido en su propia infancia. En esa vuelta a su propia niñez, le han asaltado los “sucedidos” que, como “botas de siete leguas”, rompieron el espejo de la realidad. En tales circunstancias, el hombre-niño se gana el calificativo de embustero, de mentiroso sin que en él exista la intención de engañar, sino la de crear una pura y radical comedia en la que el alma infantil que ha dormido en el adulto, lo convierte en juguete de su propia fantasía como lo afirma Eduardo Claparède.

En la historia de la narrativa, los “sucedidos” que ha narrado el hombre, han sido la ocasión para contar a sus semejantes sus propias hazañas o las de su propio grupo como descarga de experiencias cuya finalidad sea, quizás, la de abreviar la duración del tiempo y traer, así, desde una época remota, lo que es capaz de hacerse actual mediante el conjuro de la fantasía. Por eso, en ese tiempo sin duración, los cuentos clásicos se inician con frases como “Había una vez”, “Erase un rey”, etc., en los que el pasado se hace tan breve como si estuviese en un ayer que no tiene puntos de referencia.

Bien dice Frida Schutz de Mantovani, que “Alguna vez hemos contemplado, en sueños, nuestra propia infancia. La hemos visto como un niño que nos vuelve las espaldas y se aleja lentamente de nosotros. Con un gozo triste... acariciamos con la mirada ese andar en que nos reconocemos niños...” En esa vuelta a nuestra

niñez nos asaltan los “sucedidos” que se envuelven en la ficción y que saltan sobre las leyes que rigen la realidad.

Los “sucedidos” de Quienanday no tienen el ropaje oropelesco de los cuentos clásicos. Más bien se visten con la modestia de las gentes humildes, pues sólo la modestia es capaz de producir lo que, a fuerza de ser imaginario, llega a parecer mentira. Así lo que narra Quienanday, nace de sus propias experiencias “exageradas” por la fantasía. Esa es la razón de ser de sus MENTIRIDADES.

Dos detalles importantes se apreciarán en estas narraciones de “sucedidos” recogidos en estas páginas: hay invención, aunque sea ingenua y rudimentaria, si se quiere, cuando se desnaturaliza la realidad y se acomoda a la forma de expresión muy peculiar de quien la narra.

El otro aspecto interesante que se encontrará en lo narrado, es un incipiente dramatismo que el propio autor introduce en lo que cuenta.

Sin proponérselo, quizás. Quienanday ha deleitado a quienes lo han escuchado con los giros y los gestos de su propia expresión. Por eso es fácil advertir una forma mixta de invención y drama introducida en sus MENTIRIDADES. Esa forma, voluntaria o involuntariamente aplicada, es lo que ha dado dinamismo a lo que ha contado a quienes lo escucharon.



DE TAL PALO...

DE TAL PALO...

Cierto día, buscando Quienanday entre papeles guardados por su padre, encontró en su antiguo arcón una especie de crónica en la que el señor narraba un viaje de regreso de la capital hacia su residencia en la pequeña villa del oriente del país. La lectura del documento intrigó por su contenido al heredero.

Con frecuencia, el señor viajaba en su mula hacia la capital, cuando no existía el ferrocarril. Entonces, las únicas vías de comunicación eran los caminos “reales” y los caminos de “herradura”, veredas éstas últimas por donde solo podían transitar bestias como la del protagonista, quien gustaba escribir relatos de lo que le ocurriría en sus viajes. El papel que encontró Quienanday, decía así: “Estaba entrando ya la noche en un día de enero de principios de este siglo, cuando llegue a mi casa. Casi agotado por el largo viaje, tuve apenas energía para desensillar la “Voladora” –así se llamaba la mula--, darle un poco de forraje y beberme un vaso de agua”.

“Me quité las sobrebotas y me tendí en la hamaca, el lugar más propicio para descansar. Cerré la puerta que daba al patio, por si acaso me quedaba dormido. No bien me recostaba en la hamaca, con asombro y no poco temor, oí que en la puerta había caído una especie de granizada de algo que me hizo incorporarme para averiguar lo sucedido. Tomé un candil de gas y abrí la puerta. Intrigado, vi un pequeño objeto brillante en el suelo. Me incliné para recogerlo: Era un perdigón, y junto a él, otro y, otros más”. “Regrese a inspeccionar la escopeta que había dejado junto a la montura, y no encontré señales de que de allí pudieran haber

salido los perdigones. Un tanto impresionado, volví a la hamaca e hice un nuevo intento por descansar. Me era imposible encontrar explicación para lo sucedido, y comencé a rehacer mentalmente el viaje desde la capital”.

“Pasé por Cojutepeque. Me hospedé en casa de un amigo comerciante. Fui muy bien atendido por él y por su esposa: me invitaron a cenar, y en la conversación de sobremesa, me informaron que algunos viajeros de paso hacia la capital, les dieron noticia de salteadores que operaban en la región boscosa a unas cuatro leguas al occidente del río lempa. Yo oí con atención el relato, pero tenía en “Voladora” el mayor seguro contra delincuentes de caminos”.

“Así que terminó la conversación, pedí permiso para dar comer a mi mula, atada a un naranjo en el patio de la casa. Regresé a donde estaban mis anfitriones; saludé con las buenas noches y me dirigí a la habitación que me habían preparado”.

“No bien puse la cabeza en la almohada, me dormí profundamente”. “Eran las cinco de la mañana cuando los gallos me despertaron. Me levanté a bañarme con el agua fresca de una pila. Me vestí y comencé a arreglar mi maleta para continuar el viaje. Enseguida, fui a ensillar la mula, y a poner todo a punto para emprender una nueva jornada”.

“Mis hospederos ya estaban en pie. Un delicioso olor a café invadió aquel ambiente matinal. Fui invitado a tomar una tacita, y lo hice agradecido”.

“Con todo listo y la mula ensillada, me despedí de mis anfitriones y tome rumbo hacia el oriente, no sin antes comprar unas pocas provisiones para el camino. Comprobé también que la cantimplora tenía suficiente agua para calmar mi sed”.

“Revisé minuciosamente a “voladera” los arneses mi escopeta y mi provisión de proyectiles. Seguro da que mi mula era capaz de enfrentar cualquier peligro, comenzó a trotar con ese pasito suyo tan suave que hasta me permitía dormir si lo intentaba”.

“La mula conocía los lugares donde yo acampaba. Por eso no le apresuré el paso. Ella se orientaba muy bien en el camino y, por la costumbre; no se detendría hasta que llegáramos a un lugar de descanso en donde ella pudiera beber agua y mordisquear algunas yerbas de su predilección. Yo, por supuesto, la había habituado a esa disciplina”.

“Caminábamos a la sombra de frondosa arboleda, y nos sorprendía de vez en cuando el chillido de un mono o la algarabía de las loras. No fue sorpresa, alguna vez, tener a tiro una manada de venados. En tal caso, me abstenia de disparar, pues mis viajes no eran de cacería”. “Cuando el sol acudía sus últimos oros, sentí que estaba cerca el final de la segunda jornada”.

“Quite montura y freno a la bestia, y la dejé que comiera a su gusto. Yo comí unos tamales que me obsequiaron los amigos de Cojutepeque, y me recosté en la montura como almohada”.

“Apreté el botón de la memoria, y comencé a recordar la noticia de los salteadores. Por las dudas, dejé a mi lado la escopeta. No pasó nada; solamente los ruidos propios de la fauna nocturna. Mula y jinete dormimos sin ninguna preocupación bajo el manto de un cielo estrellado. Al despertar, saque mi reloj y comprobé que había descansado unas seis horas. Unas cuatro horas más, de camino y estaría en el territorio de los salteadores”.

“Ensillé de nuevo a “Voladora”; le puse freno y arneses, y monté para la tercera jornada. Revisé mi escopeta y la encontré en condiciones inmejorables para enfrentar cualquier emergencia. Bebí unos tragos de agua y me dispuse a seguir hacia el oriente”. “tres horas había caminado, cuando “Voladora” puso tensas sus orejas y levantó la cabeza en señal de que algo raro ocurría en la maleza a un lado y un poco adelante en el camino. Conocedor yo de sus nervios, le acaricie el cuello con la mano de izquierda; tomé la escopeta en la derecha, y le piqué espuelas. Tres detonaciones de escopeta rasgaron el silencio detrás de nosotros. La mula sorteo el peligro a pura velocidad, y no paró desde entonces, por más que quise frenarla”.

“Sentí como si hubiera sido un huracán que nos empujaba. Entró a un vado del río Lempa. Sin detenerse, dio unos tragos de agua y salió a la ribera opuesta. No pude impedir su carrera. Cuando menos sentí, estábamos en el patio de nuestra casa. No medí el tiempo que transcurrió. Desensillé a “Voladora”, como ya tengo dicho, y me fui a la hamaca. Entonces me expliqué el misterio de los perdigones: fueron los que dispararon los salteadores: estaban rociando la puerta cuando me disponía a descansar. “Voladora” los dejó atrás”.

Hasta aquí, Quienanday, sin tomar aliento, leyó todo el antiguo papel. Sonrió, y dijo en el punto final: “ése era mi viejo”.



VOCES DEL PAREDÓN

VOCES DEL PAREDÓN

En el lugar hubo un río que secó sus aguas en tiempos que no registra la historia. Quedó, como una sombra suya, el cauce arenoso por donde ahora bajan en torrente rugidor, las aguas que en la estación lluviosa vienen de las montañas del norte. Los altos paredones son la señal de que las corrientes de agua fueron labrando, con la paciencia de siglos, lo que fuera lecho de una corriente que humedeció las sementeras de nuestros tatarabuelos nativos. Hoy no es más que un seco arenal.

Quienanday, cuando niño, acostumbraba gritar frente a uno de esos altos paredones, para escuchar al eco de su voz que se repetía como en zigzag y que se iba apagando a lo largo y ancho de todo el arenal.

Un día, ya mayor, dispuso recordar aquellos años de su infancia. Se fue a situar frente al paredón como lo hacía entonces, pues deseaba repetir sus pasadas y gratas experiencias. Gritó, pero algo, había cambiado: le respondió el silencio. Sin embargo, lo intentó de nuevo.

Ahuecó sus manos en forma de caracol sobre su boca, y lanzó contra el paredón, como en su niñez, el grito que recordaba: “¡hola...!”, y el eco le repitió igual. En seguida hizo esta pregunta de adulto. “¿Qué paso en todos estos años?”. El eco giró como un tornillo que se fue extendiendo en rebotes cada vez más suaves a lo largo de los paredones, dejó oír su respuesta en la última palabra con O que se prolongó como una espiral en el aire: “¿Año o...o...o...s?”. Quienanday sonrió al sentir que volvía a ser un niño. Hasta ahí, el eco era eso, eco; pero hizo una nueva

prueba: “¿Te acuerdas?”. De inmediato respondió el eco: “¡Sí...í...í...í...í...í!”. Esta ya era respuesta de su interlocutor, pues no sólo prolongaba la última vocal. Sorprendido porque esto era algo fuera de su experiencia, intentó de nuevo con un grito de “¡hola! ¿Me recuerdas...?”, y el eco repitió de nuevo afirmativamente “Sí...í...í...í...í!”.

No solo sorprendido, sino intrigado por un hecho que nunca había experimentado, Quienanday pensó “el tiempo ha guardado en ese paredón, un lenguaje con el cual sólo conmigo le es posible dialogar”.

Pensó que si aquellos altos farallones repetían su voz, ¿por qué no habrían de guardar celosamente grabados los gritos de alegría o los ayes de dolor de tantos seres vivos que ahí dejaron fijadas sus voces? ¿Será posible recoger de tal escenario las palabras de todos los abuelos? ¿Se podrá lograr en el futuro? Dejó tales pensamientos e hizo al paredón una pregunta más familiar: “¿Seguimos siendo amigos?”, la respuesta del eco fue sorprendente: “¡Sí...í...í...í...í!”.

Fue un síííí largo, largo, que vino a penetrar en cada poro de la piel de Quienanday y le causó un profundo escalofrío. Había entrado en una realidad hasta entonces desconocida y misteriosa que para él no tenía más explicación que las respuestas escuchadas, pues no era capaz de profundizar en cuestiones tan difíciles.

En esta oportunidad no había habido sílabas terminales ni vocales últimas que se echaran a volar cual mariposas por aquellos paredones. Fue una respuesta afirmativa, contundente. Quienanday tuvo poco temor frente a un fenómeno que para él no era usual. Sin embargo, hizo un esfuerzo y lanzó al aire esta pregunta: “¿Me has echado de menos durante estos años que no te había hablado?”

“¡Mu.....u.....u.....u.....cho.....o.....o.....!”

“¿Fueron alegres las gentes cuando aquí corría el agua...?”

“¡Fu....e.....ro.....o.....on!”

¿Cantaba la gente entonces?

“Mu.....u.....u.....u...cho”

“¿Guardas secretos para un amigo que desde un niño vino siempre a saludarle?”

“¡En el a...a...al.....ma....a.....a!”

Un ruido lejano venía acercándose al lugar de tan extraño diálogo, y Quienanday, sorprendido por lo que oyó el eco y porque de

esas cosas del alma entendía poco, no se atrevió a hacer nuevas preguntas. Sin embargo, insistió, e hizo una última que más bien era una súplica:

“¿Puedes darme un consejo de amigo?”

“¡Adelante, mire al frente y camine.....e.....e.....e.....!”

Una extraña ráfaga de viento y polvo envolvió el diálogo y lo interrumpió. El eco se aposentó tímidamente en los resacos poros del paredón.

Aquel consejo, lleno de enigmático poder vibrante y vivo, fue consigna que grabó Quienanday en su consciencia, y a ella acude siempre cuando necesita de su auxilio: “¡ Adelante, mire al frente y camine...!”



UNA ALFOMBRA
PARA EL GENERAL

UNA ALFOMBRA PARA EL GENERAL

Era un sábado, temprano por la tarde, cuando dispuso cumplir la promesa que había hecho a su gran amigo, el general hondureño don Casildo Pérez.

Nadie sabe cuándo y dónde conoció al general; mas para él, amistades de esa categoría debían mantenerse en una relación muy privada. Era una de las características personales de Quienanday: hacer amigos en los medios más insospechados por el resto de las personas. Servicial como pocos, y fiel cumplidor de la palabra como ninguno. Eso sí, no prestaba a nadie, ni sus armas ni sus caballos.

Desde que adquirió el compromiso con el general, el sueño se le hacía escaso, y pasaba noches enteras cavilando sobre la forma y los medios que debía emplear para satisfacer a tan importante personaje. Una madrugada cayéndose del sueño, dio con la solución: en vez de perdigones, usaría un proyectil especial con la punta afilada como la de un punzón.

Resuelto el problema, y después de varias pruebas, preparó como bebido el arma que habría de usar para cumplir lo prometido. Todo listo para el caso, ensilló a su caballo “Garzón”, su compañero de cacerías, y revisó minuciosamente su lámpara especial para ocasión tan delicada y riesgosa.

Sus cálculos lo llevaban a concluir que la hora más propicia para llegar a lo más espeso del bosque, era la de las cuatro de la tarde. Entonces se dispuso a partir.

Seguro de que llevaba todo lo necesario, montó en su “Garzón” y salió rumbo a la costa donde, en un bosque de tupida maleza y árboles corpulentos, tenía su guarida una buena manada de jaguares, muchos venados y bandadas de patos silvestres.

Quienanday iba con su mente fija en que cumpliría a toda costa lo prometido. Rogaba a Dios que no se le fuera a presentar una situación fuera de sus planes. Eran tan sinceros sus ruegos, que a cada momento besaba su escapulario y daba golpecitos al arma preparada para misión tan delicada. “Garzón”, acostumbrado a tales situaciones, caminaba sin hacer el menor ruido.

Con un sol todavía brillante y con las debidas precauciones, entró al bosque para buscar la pieza escogida. Una algarabía de loras y pericos le dio la bienvenida. Una ardilla asustada se perdió en el tupido follaje de la arboleda.

Quienanday pasó inadvertidas estas distracciones. Su objetivo era claro. Aunque un venado se le hubiera puesto a tiro, lo habría ignorado: no era eso lo que iba a buscar.

“Garzón” caminaba cauteloso, como identificando con el plan de su amo. Hubo un momento, sin embargo, en que levantó la cabeza y movió en semicírculo las orejas, como detectando algo imprevisto. Quienanday, atento a estas señales, aguzó el oído y advirtió que un ruido suave y continuo se deslizaba delante de su cabalgadura. Identificó esa señal como el paso de una serpiente. Tampoco lo hizo detenerse porque de inmediato se repitió en su conciencia, la expresión que aprendió del eco: “¡Adelante, mire al frente y camine...!”. Así lo hizo.

Continuó internándose en el bosque y, de repente, la pieza que buscaba, apareció frente a él: estaba echada al pie de un árbol centenario y, como en actitud de lanzarse sobre caballero y cabalgadura, su mirada y su pose era la habitual de quien quiere saltar sobre su presa. Con el fondo del grueso tronco, y con un temblor nervioso, comenzó a mover la cola como un péndulo.

Quienanday había calculado con exactitud los movimientos de la cola del animal. En el instante preciso, disparó, y la cola del jaguar quedó clavada en el tronco del árbol. La detonación rasgó el silencio del bosque, y una banda de pájaros asustados alzó vuelo desde sus habituales ramajes de descanso.

¡Qué furia la del jaguar, al sentirse aprisionado de la cola! Sin embargo, no se dio por vencido. Forcejeó cuanto pudo. Puso en acción todas sus energías. La cola, no obstante, seguía clavada en el tronco. Entonces optó por presionar con sus patas traseras para librarse de semejante vergüenza. Todo su esfuerzo resultó inútil.

Quienanday, entre sorprendido y satisfecho, comenzó a advertir que la cabeza del animal, en su lucha por soltarse de aquello que aprisionaba su cola, iba quedando desnuda de la piel. Y cada vez que aumentaba su esfuerzo con los cuartos traseros, más y más partes de su cuerpo aparecían en la viva carne. La piel entera se iba desprendiendo y el animal se desolló por completo.

Como todavía iluminaba la luz del sol, Quienanday bajó del caballo: su plan se estaba cumpliendo: el jaguar, con toda su piel desprendida, parecía una estatua de carne viva impulsada por la más despreciable de las ofensas. Por eso, con el más primitivo intento de venganza, el animal, una vez sin su piel, en el último y furioso esfuerzo, se lanzó en persecución de su victimario que, bien calculada tal reacción, ya había tomado las necesarias precauciones. Al advertir la inminencia del peligro, ni montó en su caballo: no tuvo más remedio que correr perseguido por el jaguar. Casi ya sin aliento, oyó el murmullo del agua de un río cercano, y hacia él se dirigió. El animal, tras él, también entró al río. Uno y otro corrían contra la corriente. El animal ya dejaba sentir su aliento sobre las piernas de Quienanday que corría ya sin fuerzas. Frente a él una pequeña cascada que caía sobre el lecho del río, fue su “cuerda” de salvación.

El animal, furioso, casi daba alcance. El perseguido en su desesperación, se abrazó al chorro de la cascada y subió por él como quien subía por una cuerda. El animal también subió tras él. En momento de tal angustia, Quienanday oyó “la voz” del eco: “¡Adelante, mire al frente y camine...!”. El animal rompía con sus garras las piernas del pantalón del perseguido, quien, en un último esfuerzo, desenvainó su machete. De un golpe de filo cortó la cascada salvadora. El animal exhausto, cayó en el lecho del río y, sin aliento, murió. Sólo el rumor de la cascada que con sus aguas sirvió de mortaja al cadáver, quedó como final de aquella persecución.

Quienanday, jadeante, se tendió en el suelo a la orilla del río. Todavía dudaba si era él quien estaba vivo. Al recobrar el aliento,

dio un sentido vistazo al cadáver del jaguar, y regresó al tronco del árbol, testigo de su hazaña. Desclavó la piel que allí había quedado íntegra. Sólo tenía los agujeros naturales y la pequeña herida en la cola. La dobló y acomodó en las ancas de “Garzón”. Contento, regresó a su casa. Cinco días más tarde, fue a la oficina de telégrafos y redactó el siguiente mensaje: “General, piel del jaguar llegará como deseaba: únicamente pequeña cicatriz en cola”.

Quienanday.



SORPRESA DE
VACACIONES

SORPRESA DE VACACIONES

Era un viejo caballo llamado “Gavilán”, enfermo desde hacía meses, lo cual traía preocupado a Quienanday.

“Gavilán”, por su desgano al comer, daba muestras de que su enfermedad estaba debilitando sus antiguos hábitos de retozón. Cada vez que iba a ser ensillado, la piel de su espinazo comenzaba a temblarle como si una corriente eléctrica la estuviera excitando. Era un temblor espasmódico, acompañado en ocasiones para un sacudimiento del cuello, como signo de dolor y de rechazo.

Quienanday lo acariciaba pasando su mano por el lomo y por las ancas del caballo, y le hablaba con palabras que la bestia entendía, como si fueran disculpas por ensillarlo y no considerar sus achaques.

El caballo merecía un trato así. Era un compañero inseparable para los viajes habituales y rutinarios. Era la bestia de trabajo. La de todos los días, a diferencia de “Garzón”, que era el caballo de los domingos, de la caza y de las cabalgatas elegantes.

Hacía mucho tiempo que Quienanday le aplicaba curaciones sin resultados satisfactorios; y era natural: encima de cada curación venían los arreos para ensillarlo y para repetir la rutina.

“Hombre, he hecho cuanto me aconsejan para ver sano a “Gavilán”, pensaba Quienanday, le he aplicado ungüentos y pomadas de toda especie, y no le veo mejoría”. Era natural: si cada vez que lo ensillaba, los aperos sobre las llagas, y así no había medicina que pudiera cicatrizarlas.

“caballo lo conocía a la distancia. “Te recordaré, “Gavilán” –decía–, por tu relincho de alegría cuando oías mi voz a una cuadra de la casa. Y no me olvidare de tus sueños prolongados echado junto a “Yale”, el perro compañero en nuestros viajes cortos que, junto a ti, movía sus patas como si ensayara una gran carrera, o ladraba como con ladridos tragados, ahuyentando quién sabe a cuantos rivales”.

En realidad, quien sabe por cuánto tiempo estaría Quienanday, alejado de “Gavilán”. La nostalgia lo embargaría, sin duda, pero había que buscar el remedio para la bestia. Así, en una rápida decisión, ensilló a “Garzón” y se llevó con él a “Gavilán”.

Quienanday, bajó de “Garzón”. Soltó el lazo que sujetaba a “Gavilán”. Ahuecó sus manos y recogió un puñado de tierra, y la esparció en las llagas del espinazo del caballo enfermo. Era la última “curación” que le hacía al momento de darle libertad para unas largas vacaciones. Lo despidió con una palmada en las ancas, y el caballo respondió abanicando su cola y partiendo alborozado hacia el potrero. Ya adentro, dio unos mordiscos al zacate. Levantó la cabeza hacia donde estaba su amo, y lanzó un prolongado relincho.

Quienanday hizo un gesto de despedida con la mano, y pensó: “que Dios te socorra, “Gavilán”. En ese momento, oyó la voz del eco “¡adelante, mire al frente y camine...!”.

Por primera vez en muchos días, “Gavilán” arqueaba la cola y trotaba sin montura. Parecía el antiguo retozón cuando cambiaba el paso sin perder la velocidad. Conocía el camino y lo recorría seguro de que habría de llegar sin mayor tardanza donde todo el pasto sería sólo suyo. Y así fue.

Mucho tiempo transcurrió desde aquel día. Quienanday imaginaba a “Gavilán” correteando feliz en el potrero, sano quizás de sus llagas, y recuperadas las libras perdidas en el diario trajín del trabajo. Lo veía en aquella extensa llanura cubierta de excitante verdor. Ni una sola elevación en el terreno le permitiría alguna vez mirar a la distancia y encontrar a “Gavilán” lleno de salud.

Por las noches tenía pesadillas en las que veía a “Gavilán” cubierto de moscas, corriendo como loco para librarse de ellas. Se despertaba Quienanday por las mañanas, asustado y añorando la presencia del caballo. Un día, recordando aquella “voz”, dispuso

ir en busca de “Gavilán”. Lo pensó y lo hizo. Ensilló a “Garzón” y corrió el potrero. Llegó a la puerta de trancas. Se incorporó en los estribos para buscar la figura del caballo, y no encontró nada. Le sorprendió, si, una pequeña elevación que había en el centro del terreno. Eso era una novedad: nunca había existido esa irregularidad en la amplia llanura. Se bajó del caballo. Lo amarró en una de las trancas, y se internó a pie en el potrero.

Quienanday llevaba consigo un machete, y se dirigió a la elevación que había visto desde la puerta. Subió con facilidad a ella, la usó como mirador y buscó por distintos rumbos la presencia de “Gavilán”. No apareció por ningún lado.

Volvió a la puerta de trancas para montar un “Garzón”. Hizo un recorrido por todo el potrero y se detenía de vez en cuando a la sombra de los árboles para recoger algún indicio. Tampoco encontró señal alguna. Gritó fuerte para probar si obtenía la respuesta que siempre recibía cuando “Gavilán” escuchaba su voz. Recorrió el potrero de sur a norte y de oriente a poniente. Nada supo de “Gavilán”. Un tanto desconsolado, regresó a la puerta de trancas. Desmontó y amarró de nuevo a “Garzón”.

Quienanday pensó “no es posible que hayan venido ladrones a robarlo. “Gavilán” es caballo suficiente para enfrentar a quien quiera ponerle mano si no es persona de su conocimiento. Volveré a la elevación para mirar de nuevo por todos los rumbos. Quizás después de oír mis gritos y el tropel de “Garzón”, haya despertado si se había echado a dormir”. Todos estos pensamientos denunciaban la preocupación que se había posesionado de Quienanday. Sin embargo, mantenía un cierto grado de serenidad porque dentro de su estado de ánimo disturbado, oía la voz del eco que repetía “¡adelante, mire al frente y camine...!”.

Al oírla, recobraba la esperanza y tendía su mirada en todas direcciones, sin encontrar a su caballo. Por momentos, lo imaginó muerto como consecuencia de una infección de las llagas; pero en el acto reaccionaba con un sacudimiento de cabeza y con la expresión “no puede ser...”.

Después de algunas horas, Quienanday rodeó la lomita (eso era la elevación), con pasos lentos para explicar la razón de su existencia. Tampoco halló razón alguna. Subió de nuevo en aquella irregularidad, y se sentó a descansar. Estando en esa posición, percibió una leve vibración en el sitio que ocupaba. Aguzó el tacto y el oído, y pudo escuchar una especie de ruido como el de alguien que muerde algo de pulpa semi-dura.

Una mezcla de inquietud y de temor comenzó a invadir a Quienanday. Vibraciones leves y ruidos conocidos procedentes del interior de la lomita, era algo preocupante. Inesperados escalofríos invadían sin cesar su cuerpo; sin embargo, Quienanday no se acobardaba. En un gesto de pura hombría, tomó su machete y con toda su fuerza lo hundió en la superficie para probar si aquellas vibraciones se le transmitían para hacerlo vibrar a él también. Probó que la superficie era blanda.

Intrigado por la relativa blandura de la superficie de la lomita, y por lo fácil que se introdujo el machete, lo sacó e hizo una nueva incisión en ángulo, un tanto más amplia. Resultó lo mismo que la primera vez. Entonces, pensó: “hare cuatro incisiones hasta formar un cuadro”. Así lo hizo e introdujo dos veces más el machete. Pero la sorpresa mayúscula ocurrió cuando al sacarlo la última vez, se vino con la hoja del machete una porción cuadrilonga de superficie. Intrigado Quienanday, olió aquella sustancia carnosa una y otra vez. Sin dudar dijo, “esto es una porción de ayote, ni más ni menos”.

Se inclinó entonces; acercó su boca al agujero que se había formado en la superficie, y gritó “¡holaaaa!”. De inmediato, oyó un relincho. Sorprendido, buscó por todos lados para ubicar de dónde procedía, pero no tuvo éxito. Dijo “¡holaaa!”, de nuevo, en el agujero, y puso rápido allí mismo el oído. No se hizo esperar el relincho. Entonces, Quienanday, con la mano derecha en la barbilla, descubrió el misterio: “no hay duda”, cuando le puse tierra a “Gavilán”, creció lo suficiente para producir un ayote que poco a poco fue envolviendo al caballo, hasta que lo dejó encerrado en su pulpa. Naturalmente, la bestia comía de ella cuantas veces se le antojaba. Ese fue el ruido de mordiscos que oía Quienanday; y las vibraciones, seguramente eran producidas cuando Gavilán se movía dentro de un ayote.

No fueron las moscas de la pesadilla las que cubrieron a “Gavilán”: fue un gran ayote que nació en su lomo.

EL REGRESO DE “GAVILÁN” Y LA LÁMPARA FINLANDESA

EL REGRESO DE “GAVILÁN” Y LA LÁMPARA FINLANDESA

Las tardes, de mediodía abajo, como él decía, eran siempre los momentos escogidos por Quienanday para salir de la ciudad a realizar sus rutinarias diligencias.

Esta vez, su destino era el cerro “El Tigre”, situado al noroeste de la población. Hermoso cerro ese, de líneas bien definidas como si lo hubieran hecho con las manos, tal cual un pilón de azúcar, pero más amplio de la base: así lo consideraba Quienanday.

Cubierto de una cerrada vegetación, toda la superficie de sus faldas está llena de cafetales que en época de maduración de la cosecha, el rojo encendido hace contraste con el verdor lustroso de follaje. Brisas rumorosas refrescan el ambiente.

Con paisaje tan atractivo, lleno de frescor propio de las alturas, ha sido siempre una permanente invitación para dejar el calor de la ciudad.

Atraído por esos detalles, Quienanday dispuso montar en “Gavilán”, el caballo que por mucho tiempo pasó metido en el enorme ayote que nació en su espinazo cuando su dueño, sin advertirlo, tomó un puñado de tierra para extenderla en toda la porción llagada del espinazo de la bestia.

Recuperado “Gavilán” después de sus “largas vacaciones”, brioso y lleno de brillo en los ojos y la pelambre, lo enjaezó Quienanday para subir en él al cerro. Esta vez, el fusil no fue con él, como

era lo acostumbrado. Su intención era probar una lámpara de baterías que un amigo suyo le había enviado de Finlandia; objeto hermoso, niquelado y extraño, porque nadie en la población había visto algo semejante.

Le llegó por correo a Quienanday, protegida en una caja llena de un material muy suave, muy parecido al algodón, que aseguraba a tan hermoso objeto contra cualquier golpe que pudiera producirle abolladuras, y para garantizar que la parte de vidrio no fuera a sufrir una avería.

La lámpara vino provista de sus respectivas baterías, raras, por cierto, pues eran de marca totalmente desconocida en el país.

Toda la intención que movía a Quienanday, era estrenar la lámpara en la oscura vegetación del cerro, y hacia allá partió una vez que “Gavilán” estuvo ensillado y listo para el viaje.

Al montar en la bestia, una rara sensación de curiosidad le invadía todo el cuerpo al dueño de tan raro y valioso obsequio, llegado de un país tan lejano. Listo, pues, tomó rumbo al norte en busca del camino que le permitiera llegar más pronto al lugar escogido para esta nueva diversión. Por supuesto, el ritmo de los pasos del caballo, movía en Quienanday y el deseo de explicarse de dónde le habían enviado la lámpara. “Finlandia, se decía, ha de ser un lugar muy lejano y hermoso” como se lo había descrito en alguna carta el amigo que esta vez le enviara un regalo tan especial al compararlo mentalmente con los que él conocía... ¡Finlandia...! Decía Quienanday, ¡Como me sentiría yo allá, montado en Gavilán...!”.

Él mismo, dándose estas explicaciones, se reprochaba: “bájate de esa nube, Quienanday, ¡mira al frente y camina...!” “Gavilán” como que adivinaba ese último pensamiento de su amo, y sin que se lo provocaran aceleró un tanto el paso a gusto de su dueño.

Como si el día los hubiera ido siguiendo, poco a poco empezaron a dibujarse en el horizonte los colores rojo-dorados de los celajes. El cielo se iba iluminando de esos coloridos claros que el sol va dejando a su paso, como señales últimas de sus destellos para permitir que estuvieran todas las puertas abiertas para que la noche fuera adentrándose hasta apoderarse de los campos que poco a poco había ido dejando a su disposición el sol; tiempo

también para que se abrieran las ventanas de la noche para recibir la luz temblorosa de las estrellas.

Bandadas de aves venían a refugiarse en los cerrados follajes, con el gracioso adiós de sus aleteos despidiéndose del día que termina.

Quienanday ha sentido en todo su cuerpo esa rara sensación de que un día se ha sumado a su vida pero ha valido la pena de venir a sumarlo en lugar tan encantador. “Encantador, dice, porque es la hora en que comienzan a surgir todos los misteriosos secretos de la naturaleza; se despiertan los cipitíos, las siguanabas y todos esos seres que, al contrario de las aves que regresan a sus refugios, ellos los dejan para salir a sus andanzas”.

A medida que la noche se iba cerrando sobre las faldas del cerro, “Gavilán” fue bajando velocidad a su marcha, y Quienanday poco a poco llenaba de aire puro sus pulmones. Eso, y la tranquilidad del paraje, le causaban una sensación de descanso que le permitía olvidar los trajines de sus trabajos en la ciudad. Por otra parte, y a medida que ascendían la pendiente del cerro por las veredas que se abrían paso entre los cafetales, la ocasión para sacar la lámpara de su envoltorio, se hacía cada vez más necesaria.

“Gavilán”, no obstante, un poco nervioso, comenzó a mover sus orejas para localizar un ruido extraño que oía unos pasos adelante. Dándose cuenta Quienanday de lo mismo que oía su caballo, aprovechó el momento para sacar la lámpara de su caja que había traído bien guardada en las arganillas de la montura. Tuvo, pues, que tener el paso. Mientras tanto, el ruido en la hojarasca, se movía como si fuera delatándose a caballo y caballero. Justo a tiempo, Quienanday tenía la lámpara en su mano derecha. Apretó el botón de contacto, y una luz tan clara como el día inundó el sitio donde se había localizado el ruido. Asustado, el que lo producía se introdujo veloz entre la arboleda sin que el jinete pudiera saber de qué se trataba. El caballo, sin embargo, se resistía a dar un paso más.

Quienanday, acostumbrado a esos “sustos” de sus caballos, dejó escapar su frase de batalla: “¡Adelante, mire al frente y camine...!”. Naturalmente, nada podría interrumpir su interés en la novedad de la lámpara. Sabía en ese instante, que nada podía aparecer frente a ellos, sin que fuera descubierto de inmediato. Entonces pudo imaginar “ya verás “Gavilán” todas las maravillas que vamos a hacer con esta lámpara”.

Animado con esos pensamientos, y sin que nada peligroso hubiera sucedido, espoleó a “Gavilán” y éste, obediente, reanudo la marcha hacia arriba.

Al llegar a un espacio libre de árboles, dio media vuelta a su caballo y se dio cuenta de todo lo que habían subido, pues comenzó a ver las luces de los distintos poblados que se extendían en el valle al pie del cerro. Entre todas las luces, identificó las de la ciudad de Usulután, a unos treinta kilómetros en línea recta desde donde él estaba. Allí localizó perfectamente la torre del reloj del palacio municipal. Entonces encontró la feliz oportunidad de probar el alcance de la luz de su lámpara finlandesa. Entusiasmado, enfocó la torre y en ella, el reloj: las agujas marcaban justamente las ocho de la noche. “A esto he venido,” dijo Quienanday, y comenzó a bajar para ir a dormir a su casa, satisfecho y sorprendido.

Lo que él nunca imaginó, fue el alboroto que causó en la gente de la ciudad la noticia de la extraña lámpara: todas las mujeres, especialmente, comentaban con sus amigas, que Quienanday tenía esa “cosa” que al poner la luz sobre ellas, les veía hasta el color de la ropa interior que cada quien llevaba puesta. Cundió en ellos tal temor, que en cuanto lo veían con la lámpara, buscaban de inmediato donde esconderse para que la bendita lámpara no las “desnudara” en la calle. Cosas del pueblo, sin duda, que pusieron en aprietos a su dueño, de tal manera que nunca más sacó la lámpara antes de saber que todas las personas estaban recogidas en sus casas durante la noche.

Cuando todo el mundo supo que Quienanday salía con su lámpara a altas horas de la noche, lo convirtieron en el “fantasma” de la lámpara finlandesa.

EL OJO DESORBITADO

EL OJO DESORBITADO

Quienanday venía desalentado uno de esos días improductivos en sus actividades de caza. De nada había servido una noche de desvelo en busca siquiera de una codorniz. Pensaba que alguien se le había adelantado y había ahuyentado lo que él tanto deseaba. Él había rastreado el pequeño bosquecito de norte a sur y de este a oeste, y lo único que apareció en la oscuridad, fue un conejo. Con su lámpara de cazador colocada sobre su frente, lo vio sentado sobre las patas traseras y con la vista fija en el rayo de luz que lo bañaba. Quieto, así, como en actitud de sorprendida espera, provocó la reacción inmediata de Quienanday quien echó mano a su escopeta y apuntó con emoción al roedor. El animal estaba como hipnotizado; pero cuando se disponía a disparar, se le quemó el foquito de la lámpara. Podemos imaginar la rabia que esto le causó. Sin embargo, reponiéndose de la frustración, abrió la lámpara y le colocó un foquito nuevo. Dirigió entonces el rayo de luz hacia donde suponía que estaba el conejo, pero éste había desaparecido. En adelante, fue imposible localizarlo. Para colmo, “Gavilán”, su caballo, que mordisqueaba algunas hierbas en el momento de suspenso, rompió el silencio con el brrrrrrr...de su clásico resoplido. Menos que habría de quedar un animal en los alrededores con semejante ruido. Por supuesto, Quienanday echó rayos de cólera, y estuvo a punto de imitar al caballo con otro brrrrrrr...

Cuando ya estaba clareando el día, dispuso encender un cigarrillo para aliviar los efectos del desvelo. Este fue un acto poco usual en él, pues en realidad fumaba muy poco; y era esto tan cierto, que buscó en sus bolsillos una cajetilla de fósforos, y no encontró

ni señal de una. Sin embargo, vi o que en las proximidades había un tronco de árbol ardiendo y hacia él se dirigió para encender el cigarrillo.

Poco había caminado hacia su objetivo, cuando una ramita le golpeo con tal violencia el globo del ojo, que se lo hizo saltar de su órbita. Tomó el accidente con calma. A su conciencia acudió la voz “¡mire al frente y camine!”. Entonces sacó su pañuelo, y limpio con mucho cuidado el ojo que tenía en sus manos. Lo colocó de nuevo en su órbita pero con tal descuido, que puso todo el globo en la posición contraria; lo de adentro hacia afuera. ¡Y qué sorpresa se llevó! Algo que nunca había soñado: aquel ojo comenzó a ver algo vago, algo como una neblina que cubría sus órganos internos, y que se movía como una nubecita de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha, pero siempre muy cerca de la boca, de los oídos del ojo normal y de las manos. De vez en cuando, aquella nubecilla se iluminaba como al contacto de una luz difusa que inundaba de misterio todo lo que miraba aquel ojo vuelto de revés.

Aguzando un poco la atención, Quienanday advirtió que aquella formación etérea, se condensaba una pequeña bolita que adquiría luz propia y que girando sobre sí misma, le parecía verse él mismo en ella, con sus virtudes y sus defectos.

Sorprendido por lo que estaba mirando, no encontraba explicación para lo que experimentaba. En ese momento oyó la voz del eco... “¡Adelante, mire al frente y camine...!. Tomó valor y pensó bastante sobre lo que veía en su interior. Desgraciadamente, la voz del eco no sonó hacia adentro. Eso lo confundió profundamente y pensó “esa bolita ha de ser mi conciencia, por eso no la tocó el eco”.



MAÍZ CONTRA ROBOS

MAÍZ CONTRA ROBOS

Era el tiempo en que el verdor incitante de los campos y la multicolor presencia de las flores le había dicho adiós a los calcinantes días de la estación seca.

Todas las tierras de labor, esponjosas y húmedas, habían comenzado a probarle a quienes por siglos han vivido de ellas, que su energía vital volvía a estar presente en las verdes plantas de maíz.

Una vez más, con su rutinaria presencia, la naturaleza ponía en cada tallo, la esperanza de una cosecha como las de siempre. Sin embargo, quien miraba aquellos surcos llenos de verdor, se sentía inconforme desde hacía años, porque la producción no satisfacía sus deseos. Por eso esperaba la llegada de un grupo de técnicos extranjeros que vendría a divulgar nuevos métodos para el mejoramiento de cultivos.

Llegado el día del arribo de los técnicos de su hacienda vecina, Quienanday oyó la voz de “¡adelante, mire al frente y camine!”. Puso los mejores arreos a “Garzón”, el caballo de las grandes ocasiones, y se dirigió al lugar del evento. Por supuesto, caballero en semejante cabalgadura, entró sin ningún tropiezo a la reunión. Todos le abrieron paso, admirados por el brío de su “Garzón”.

Diestro jinete, Quienanday saltó, no bajó de la bestia. Amarró a “Garzón” debajo de un árbol, y se dirigió al lugar en donde se darían las explicaciones y se demostraría como se podrían

aplicar las nuevas técnicas en nuestro país. Variedades distintas de maíz que pudieran adaptarse a nuestro clima.

Primero se aseguró de que las explicaciones se darían en español, pues había mucha gente a la que se le oía hablar en otros idiomas y a él “se le había olvidado el inglés por no practicarlo”. Resuelta su duda, se acercó a uno de los técnicos y se presentó dándole su nombre. Muy cortésmente, el extranjero también le dio el suyo y le entregó su tarjeta de presentación: se llamaba Ben Levy, y vivía en una ciudad de un país muy lejano.

Quienanday no dejó nunca iniciada una tarea. En su conciencia estaba siempre “la voz” que lo impulsaba. Así en cuanto terminaron las explicaciones, se aproximó de nuevo al grupo en que estaba el ingeniero Levy, ampliando algunas de las explicaciones que ya había dado. Una sola pregunta hizo Quienanday: “¿Puedo visitarlo donde usted se aloja, ingeniero?, me interesa mucho conocer cómo aprovechan ustedes la poca agua que hay en su país. Además, saber sobre los avances que ustedes han logrado en la productividad del maíz”. Por aquello del orgullo de agricultor y como quien no quería descubrirlo, muy discretamente comunicó al ingeniero su preocupación por los continuos robos de cosechas en el país.

El ingeniero, con una cortés y amistosa sonrisa, le dio la dirección de su alojamiento. Al día siguiente, allí tenía a Quienanday de visita. Un corto saludo y un prolongado intercambio de experiencias, terminó al mediodía, cuando ambos se despedían. Contento Quienanday, se frotaba las manos porque se le aclararon dudas. Pidió más información sobre otros cultivos en los que tenía “profundos conocimientos y una amplia experiencia”. Sobre todo, le interesaba el maíz. Por ser el alimento básico de nuestra población. Por ello solicitó al ingeniero Levy que al regresar a su país, le enviara información sobre el grano y, de ser posible, que le remitiera semillas de variedades distintas de maíz que pudieran adaptarse a nuestro clima.

El ingeniero Levy tomó la dirección de Quienanday y le ofreció complacer sus deseos por medio de un compatriota especialista en maíz.

Transcurridos dos meses, recibió un aviso de la oficina de correos de su pueblo, en el que le hacían saber que debía presentarse a recoger un pequeño paquete procedente del extranjero.

Feliz por tan grata noticia, corrió a recoger el envío. De piernas largas, casi no la alcanzaban, según era la ansiedad que lo impulsaba para llegar pronto a su destino. En el trayecto le asaltaba una sensación de incertidumbre y el corazón le latía con tal fuerza, que le parecía como si la iglesia había echado a volar todas sus campanas. Pensaba “¿será lo que le solicité con tanto entusiasmo al ingeniero Levy, o me enviará uno de tantos libros de los que se escriben sobre cuestiones agrícolas...?” “¡Adelante, mire al frente y camine...!”.

Le entregaron un paquete. En el camino de regreso a casa, daba pequeñas sacudidas a lo que parecía un frasquito y oía que algo sonaba en su interior. Apretó el paso para llegar a su domicilio, y como quien está a las puertas de gran descubrimiento, sobre la mesa del comedor rompió el envoltorio del paquete recibido. Encontró una hojita de papel escrita en español. La puso a un lado para leerla más tarde. El corazón seguía en su latir. Quitó el envoltorio y se encontró con tres frasquitos de plástico, cada uno de los cuales contenía nueve semillas de maíz: veintisiete en total.

Contadas las semillas, tomó la hojita de papel, y leyó: “Estimado amigo. Le envío las semillas que me solicitó. Son el producto de investigaciones muy especiales relacionadas con el maíz y con su país. Siémbrelas pronto, y escríbame sobre el resultado. Lo saluda, Ben”.

Obediente Quienanday escogió una pequeña área de su terreno, y casi como en un ritual, sembró las semillas de maíz. Nacieron las plantas en menos tiempo del que había calculado, y crecieron tanto y tan frondosas, que no parecían de maíz. Las hierbas silvestres palidecían bajo la sombra de tal portento. Era tal su tamaño, que los vecinos de Quienanday le preguntaban en tono de burla, “¿dónde ha conseguido esos cocoteros desnutridos, amigo?”. Sin dar respuesta, pero con calladas palabrotas y un poco de impaciencia, esperaba cada día el apareamiento de las mazorcas.

Con infundadas dudas sobre el ingeniero Levy, tomó la más radical decisión: “han crecido tanto estas plantas, que ya las hojas comienzan a tomar un color amarillento. Las cortaré y se las daré a mis caballos. Y para deshacerme de la burla, lo que quede, lo arrancaré de raíz”. “La voz” le dio la orden: “¡Adelante, mire al frente y camine...!”.

Dicho y hecho. Con un poco de cólera y algo de frustración, Quienanday tomó un machete y comenzó a cortar las plantas. Midió en el suelo su gran tamaño, pero no encontró en ellas ni señales de flor ni de fruto. Desilusionado, arrancó lo que había quedado de la primera más cercana a él. Por poco se desmaya por la sorpresa: enterradas junto a las raíces, aparecieron cinco mazorcas de cuarenta centímetros de longitud. “Esto no puede ser”, dijo. Procedió a arrancar otra porción, y la sorpresa fue mayor. Y así con los veinticinco troncos restantes.

Puso un borrón a los callados improperios proferidos contra el ingeniero Levy, y fue corriendo a su casa a buscar la tarjeta de presentación que le había entregado el extranjero, con su dirección y número telefónico. Corrió asimismo a la oficina de teléfonos, y pidió que se le marcara el número que en la tarjeta estaba impreso. En breves segundos, se estableció la comunicación y al saludo de Quienanday, se oyó la respuesta del ingeniero, escueta y convincente: “Maíz antirrobo, mi amigo. Un saludo”. Terminó la comunicación.

LA CARCAJADA DEL VENADO

LA CARCAJADA DEL VENADO

Era un sábado por la tarde, soleado y fresco y Quienanday había preparado todo lo necesario para ir de cacería. Experto cazador había tenido inesperadas experiencias en tan emocionante actividad; algunas, muy alentadoras por los buenos resultados, y otras nada halagueñas por muchas preciosas oportunidades frustradas.

Más de una vez, jinete en su “Garzón”, cuando esperaba tener frente a sí una pieza importante -gato de monte, conejo o tepexcuintle-, un ruido inoportuno en la maleza la asustaba y aparecía a sus espaldas. Al volver la vista para buscar de nuevo, un venado aparecía en son de burla frente a él. Pero en lo que él hacía girar a su caballo para tener a tiro al animal, ya había emprendido carrera tan veloz, que era imposible darle alcance para tenerlo a tiro de escopeta.

Experiencias de esta naturaleza habían avivado su imaginación y desarrollado las sutilezas de su creatividad. No era posible desperdiciar de una manera tan simple, oportunidades tan brillantes.

Con todo el espíritu de un cazador, había entrenado de tal manera a su caballo, que sus pasos en la maleza parecieran los de una persona que caminara sobre alfombras. Sin embargo, a Quienanday lo desesperaban hasta la frustración sus fracasos en la cacería. Cavilando por muchos días, dio por fin con la solución para superar tan tristes situaciones. Bastó que oyera en su interior “¡adelante, mire al frente y camine...!”, para que se iluminara su imaginación y pusiera manos a la obra.

Con una larga experiencia en éste que para él era un deporte, conservaba dos escopetas: ambas de cañón recto. Sin embargo, todos sus cálculos lo habían llevado a la decisión de doblar el cañón de una de ellas para experimentar este descubrimiento muy suyo. Por supuesto, la boca del cañón ya doblado hacia atrás, que daba a distancia tan segura de su costado derecho, que no existía posibilidad de un accidente.

¿Qué podría resultar de semejante experiencia? Él estaba seguro del éxito y pensaba que doblar el cañón, apenas había sido un primer paso. Por supuesto, debía probar si funcionaba la escopeta como él lo había planeado.

¿Qué pretendía Quienanday, con esta invención propia? Muy fácil: si algún objeto de caza se movía a sus espaldas, podría muy bien acertar un tiro. Si por el contrario, el objeto aparecía frente a él, usaría la otra escopeta de cañón recto. La cuestión era no desperdiciar la oportunidad de cazar algo, y por eso siempre que salía, llevaba las dos escopetas.

Pues bien, Dado ya el primer paso, el siguiente fue cargar la escopeta modificada, y hacer un tiro de prueba. Tuvo éxito: el proyectil salió hacia atrás, como lo había previsto. Sin embargo quedaba la posibilidad de ubicar a sus espaldas una pieza de caza para dispararle sin volver la vista. Se dio cuenta que el problema no estaba resuelto en su totalidad, Faltaba algo que diera respuesta a ese nuevo reto. Pero su imaginación estaba lista para eso. Era en tales momentos cuando actuaba como el mago que de un pañuelo hace salir volando una paloma.

Volvieron las cavilaciones, pero oyó “la voz” “¡adelante, mire al frente y camine...!”. Sin embargo, por más que miraba al frente, la solución parecía escurrírsele. Se paseaba en un ir y venir impaciente, y el problema seguía retándolo.

Quienanday sabía que si desesperaba, la solución se alejaría cada vez más. Por tanto, había que serenarse. En situación tan frustrante, decidió ir a descansar para aclarar sus pensamientos. Se recostó en su hamaca y, como quien hacía dibujos en el aire, movía su índice ya para un lado, ya para otro. En tal estado, poco duró el descanso, dejó la hamaca y, en su impaciencia, el recuerdo de un espejito de bolsillo, podía completar su plan.

Nervioso, fue a la gaveta de un mueble y encontró el espejito de la solución. Lo acaricio como quien acaricia un sueño cumplido, y

probó con él en su mano izquierda, mientras sujetaba la escopeta reformada con la derecha; y moviendo el espejo de cierto modo, bien podía ver lo que ocurría a sus espaldas. Ahora era tiempo de someter a prueba su descubrimiento. Se fue al terreno más próximo y colocó un pedazo de papel en el tronco de un árbol. Se puso de espaldas hacia el tronco, y disparó. El papel quedó completamente destrozado.

El problema técnico estaba resuelto en el ensayo. Ahora había que buscar la oportunidad de probarlo en la realidad.

Quienanday, no esperó mucho. Una tarde alistó la escopeta reformada. Ensilló a “Garzón” y se internó en el bosque para hacer la prueba definitiva.

No bien se había adentrado en el alto matorral cuando escuchó a sus espaldas las pisadas de un animal. Vio por el espejo que era la figura de un venado. Sin demora alguna, apuntó hacia la codiciada pieza con la escopeta en U. Apretó el gatillo, y una seca detonación resonaba en la maleza, al tiempo que se oía una sonora carcajada. El venado, sin rasguño, emprendía, la carrera más veloz de su vida.



DÍABLODAS

DIABLADAS

Era una noche sin luna, con una oscuridad tan densa que casi se tocaba con las manos. Quienanday, sin embargo, tenía que ir a sus terrenos para cuidar parte de la cosecha de granos que se recogió esa tarde. Había sido un día de duro trabajo, y Quienanday estaba muy cansado. A pesar de ello, oyó en su conciencia “la voz conocida de: “¡adelante, mire al frente y camine...!”. Aquello fue como un choque de electricidad que tonificó sus músculos y lo dispuso a cumplir su cometido. Esa voz era como una fuerza misteriosa que lo impulsaba, aun cuando la voluntad opusiera resistencia.

Preparó su escopeta. Tomó un farol forrado con papel de “china” verdoso, y colocó en su fondo una vela encendida. Ensilló a “Garzón”. Montó en él y tomó rumbo a sus terrenos. Le preocupaba que fuera ya después de las nueve, cuando muchas gentes del pueblo cerraban sus puertas para ir a dormir. Sin embargo, algunos que acostumbraban a acostarse más noche, las dejaban entreabiertas. Entre estos, había fisgones que asomaban curiosamente sus cabezas para dar fe de aquel hombre raro montado a caballo con un farol en la mano. Las mujeres se hacían las cruces y se encomendaban al Espíritu Santo. Más de alguna, después de santiguarse, exclamaba “¡Ave María purísima!”, a lo que otra respondía, “¡sin pecado concebida!”, pero no dejaban de espiar por la puerta entornada. Todo era explicable, pues la luz del farol que iluminaba la cara del jinete, le daba una tonalidad verdosa como la de un ser de otro mundo.

El mismo paso del caballo producía un sonido cuyo eco rebotaba en las paredes y acentuaba la sensación del temor. Para la gente

que creía en el “Justo juez de la noche”, o en Satanás disfrazado de jinete, esto era una real aparición del príncipe del infierno o, cuando menos, la de un alma en pena.

El aire de misterio de aquella figura, se hacía sentir cada vez más extraño en la oscuridad. Un ser que a esas horas de la noche, con un sombrero de alas anchas y con un raro farol en la mano, parecía nacido de la misma oscuridad.

Quienanday, por supuesto, había ensayado aquella salida, y dramatizó muy bien el paso por aquellas calles solitarias. Si no soltó una cavernosa carcajada para infundir más miedo, fue porque no quiso causar la muerte de algún enfermo del corazón. Ya saliendo del pueblo, siguió imperturbable su camino, y llegó a la puerta de trancas de su terreno. Se bajó del caballo para despejar la entrada, con tal mala suerte que la vela del farol se fue de lado y se apagó.

Buscó los fósforos en uno de sus bolsillos, y no encontró nada. Busco en otro, y también nada. Ahora fue él quien entró en inquietud. No obstante oyó la voz “¡mire al frente y camine...!” y tendió su mirada sobre el campo. Lo encontró poblado de luciérnagas. Ellas dieron a Quienanday la solución: se internó en el terreno; se quitó el sombrero y comenzó a cazar con él cuanta luciérnaga le pasaba por delante. Todas las que así eran atrapadas, las ponía dentro del farol y, para que no se escaparan, lo cubrió con su pañuelo.

Perdió la cuenta de las veces que vació el sombrero. Cuando creyó que había reunido suficientes luciérnagas, levantó el farol a la altura de sus ojos, y vio que podía iluminar el sendero que lo llevaría al lugar donde estaban, en montón, los frutos que debía cuidar.

Resuelto el problema de alumbrado, intento montar de nuevo en el caballo; pero cuando el animal vio aquellas luces que revoloteaban dentro del farol, comenzó a dar vueltas, nervioso y hecho todo temblor. Quienanday trataba de calmarlo dándole palmadas cariñosas en el cuello. Sin embargo, “Garzón” no respondía a esas caricias. Las luces móviles lo habían sacado de quicio. Entonces, al jinete se le ocurrió colgar el farol en uno de los postes de la puerta de trancas.

El caballo se tranquilizó, y permitió que Quienanday lo montara de nuevo. En tal posición, tomó en sus manos el farol y quiso

seguir adelante como era su intención. No obstante, como las luciérnagas se movían dentro del farol en forma desordenada, el caballo veía que su sombra giraba a su alrededor y comenzó a perder el equilibrio. Se detuvo tembloroso porque sus patas comenzaron a flaquearle.

Preocupado Quienanday, espoleó al caballo intentando hacerle olvidar lo ocurrido, pero el animal no pudo más y cayó con todo y jinete: el mareo lo venció. Era una situación fuera de rutina como para que un caballo se mareara y no pudiera sostenerse en pie.

Suerte tuvo el jinete para que no se le escaparan las luciérnagas. Como pudo, se incorporó y fue a colgar nuevamente el farol en el mismo poste donde lo había colocado antes.

Liberado del farol, inició la faena de levantar a “Garzón”. Por fin, el caballo se incorporó, pero todo su cuerpo le temblaba. Asustados caballo y caballero, tenían que buscar una solución para poder llegar adonde estaba la cosecha por cuidar. Quienanday, oyó “la voz “¡adelante, mire al frente y camine...!” y tomó la decisión más acertada en aquellas circunstancias: montó en el caballo, dando su cara hacia las ancas de la bestia, para que la suave luz del farol no cayera delante del animal. Tomó las riendas, y el animal obedeció con docilidad a su amo. Cogió de nuevo el farol en sus manos, y como “Garzón” conocía el sendero, fue caminando seguro hasta el claro donde estaba recogida la cosecha.

Estaba por llegar al sitio indicado, cuando Quienanday vio dos siluetas humanas que ya recogían parte de los granos en un saco. Indignado, gritó ahuecando la voz ¿Quién está ahí...? Al oír esa voz como salida de ultratumba y ver aquella figura iluminada por la luz verdosa del farol que parecía moverse en el aire, dos sombras dentro de las sombras de la noche, se levantaron como impulsadas por un resorte. Otro grito a dos voces en estampida, resonó perdiéndose en la oscuridad... ¡el diablooo...!



LA SERPIENTE
INFINITA

LA SERPIENTE INFINITA¹

Las estrellas eran los millones de luminarias que aquella noche de noviembre, alumbraban con su característico temblor, el pequeño claro del bosquecito en las faldas de las estribaciones de la cadena costera. Las voces de la fauna propia del lugar, eran amplificadas por una suave brisa que acompañaba el movimiento del follaje de los árboles vecinos.

Era para Quienanday, el ambiente propicio para tomar un descanso, después de una agotadora jornada de trabajo en la ciudad.

Atraído por esa tranquilidad, se había tendido en el suelo sobre las sudaderas y el mantillón que retiró al desensillar su caballo “Garzón”. Este, amarrado a cierta distancia de su amo, se entretenía en mordisquear un poco de forraje que aquél había dejado a su alcance.

Tendido boca arriba, Quienanday, solo en medio de la noche, dejaba vagar sus pensamientos impulsados por la inmensidad del cielo. “Recordaba con alegría, el éxito que había tenido cuando hizo volar un avión que ya parecía destinado a “chatarra”. Era el momento de las remembranzas. Hacía memoria del momento en que el dueño del aparato le hizo cuentas de todo lo que había gastado en reparaciones que, al fin, terminaban siendo inútiles. Resonaban en su mente las palabras que él le había dicho a tan preocupado señor: “Mire don Carlos, yo ya revisé el aparato.

¹ Infinito para Quienanday era lo que sobrepasaba la capacidad de ser medido con sus “cuartas”

Veo que todo lo que le han hecho es pura “chambonada”. Si Ud., confía en mí, déjeme solo porque no quiero curiosos que vengan a aprender gratis lo que yo he de hacer para dejarle su avión listo para volar. No le prometo probarlo en el aire, porque desde hace algunos días he venido padeciendo de mareos. Pero que se lo hago volar, se lo hago volar”.

Sonrió Quienanday al recordar cómo encontró poco a poco los detalles que con gran paciencia y seguridad fue descubriendo mal armados por quienes habían tratado de repararlo. Apartado del lugar, sorpresa fue la de don Carlos cuando oyó sonar el motor del avión. Contento, llegó al aparato, subió en él y lo hizo volar alrededor de sus terrenos.

Al aterrizar, aquel hombre agradecido, hizo a Quienanday la pregunta de rigor: “Dígame cuánto le debo”. Quienanday, siempre sonriente, la contestó. “Lo que sea su voluntad, don Carlos”. En ese momento, “Garzón” dio un relincho y se cortó el hilo de recuerdos”. Hasta ahí, lo que siempre había contado a quienes, alguna vez, lo escucharon.

Reanimando, como si acabara de dejar “volando” aquel avión, se incorporó. Estiró las piernas, respiró hondo y flexionó varias veces sus brazos como para recoger en todo su cuerpo la energía que vibraba en la inmensidad del cielo estrellado.

El relincho del caballo llamó la atención de Quienanday. Se ajustó el sombrero con la lámpara de cacería y dirigió hacia él la luz de la misma, potente como le gustaba que fuera.

El rayo luminoso formó un enorme abanico en el cual Quienanday advirtió cómo se movía dentro de él una infinidad de pequeños insectos alados envueltos en una tenue nube de polvo en el que se identificaban minúsculos puntos luminosos suspendidos en el aire iluminado. “¿Será, pensó, que el mundo todo está poblado por estos pequeños seres, pura materia, unos, y vida pura los otros? ¿Y qué seré yo, cuando un rayo de luz de tantas estrellas, me bañe? ¿Cómo me verá desde allá “arriba”? “¡Adelante, mire al frente y camine...!” Y deje de estar pensando “loradas”.

Quienanday dejó de pensar en esas “cosas” que siempre han estado más allá de su alcance; pero le quedó cierta inquietud que, para borrarla, simplemente apagó la lámpara y todo quedó como si no lo hubiera visto. Sólo las estrellas no se apagaron y siguieron pareciendo roturas brillantes en una tela oscura.

Otro tipo de vida se movía alrededor de sus pies. Sólo el leve crujido de las hojas muertas daba testimonio de su presencia. Entonces, volvió a sus recuerdos de niño. La noche, indudablemente, se prestaba para las reminiscencias. Por eso, quizás su mente se despojaba de peso de las preocupaciones y revivía una pequeña historia que el maestro les narraba en sus años de escolar. Era, a pesar de fragmentos olvidados, la de una “serpiente emplumada” que simboliza a un Dios de nuestros antepasados indígenas que había creado muchas cosas buenas para ellos.

Llegaron a su memoria esos recuerdos, provocados por ese tenue sonido que parecía deslizarse cerca del lugar donde estaba parado. Dejó de lado los recuerdos y se dirigió al lugar donde estaba “Garzón”, paro comprobar si había comido el forraje que le dejó. Sin embargo, el caballo se había dormido.

Volvió Quienanday al sitio donde tenía los aperos. Extendió el mantillón y se acostó sobre él. Recostó su cabeza en la montura que le sirvió de almohada y se quedó un momento viendo las estrellas. En tal posición, el sueño comenzó a invadirle y de lo más profundo de su conciencia salió la voz “¡adelante, mire al frente y camine...!” y se fue quedando dormido.

¡Qué sueño más tranquilo y reparador el de Quienanday! La quietud de la noche, el suave frescor de la brisa, el leve susurro del follaje de los árboles, el manto del cielo como una sábana inmensa sobre la quietud del cuerpo dormido..., el canto gutural de las aves nocturnas..., todo era ofrenda para un Quienanday en completo reposo. Así transcurrieron unas horas. Sin embargo, algo inesperado ocurrió en la madrugada.

Entre dormido y despierto, Quienanday sintió que un frío cuerpo rollizo estaba pasando por su garganta. En ese estado de duerme-vela, no le dio importancia a esa fría sensación. El sueño lo venció de nuevo y sólo hizo un pequeño giro para colocarse de lado.

Pasado algún tiempo, la sensación de aquel cuerpo frío seguía pasando por su cuello y rozaba con suave cosquilleo la oreja de ese lado. Entonces si despertó con bastante inquietud. No obstante, armándose de serenidad, sin incorporarse, llevó ambas manos para palpar aquella “cosa” que estaba interrumpiendo su sueño.

El tacto le anunció que aquella “cosa” rolliza, más o menos del grueso de la pata de una mesa, seguía deslizándose y caía con frialdad sobre su hombro más cerca del suelo y se internaba ondulante en la maleza.

Cuando ya comenzaba a clarear el día, Quienanday tomó de nuevo su posición mirando al cielo y al impulso de ¡adelante, mire al frente y camine!, se incorporó un tanto y apretó con cierto cuidado aquella “cosa” rolliza, escamosa y de vientre frío que había perturbado por tanto tiempo su reposo. Cuando creyó que la tenía aprisionada con sus manos, su movimiento fue más rápido y poco a poco se le fue escapando. Le sorprendió que aquel cuerpo rollizo, al irsele deslizando de las manos, se fue adelgazando como si fuera el final de su cuerpo. En ese momento, Quienanday se levantó y arrojó al suelo aquella porción de cuerpo que ya había tomado el grosor de una cola de garrobo.

Una vez deshecho de aquel cuerpo, tendió su mirada lo más lejos que pudo, y comprobó que, a la distancia, la maleza más alta se movía ondulante al paso de aquel ser que lo había dejado intranquilo. Sacó fuerza de flaquezas... Dijo la frase de batalla ¡adelante, mire al frente y camine...! y lleno de orgullo, expresó: “¡No lo dudo: he tenido sobre mi cuerpo la serpiente infinita!”.



Luis Alonso **Aparicio**

Nació en la ciudad de Santa Elena, departamento de Usulután, el 20 de junio de 1918.

Desde 1941 hasta la fecha, se ha dedicado a su profesión de Educador, iniciada después de graduarse en la Escuela Normar de Varones –más tarde “Alberto Masferrer”, y licenciarse en la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador.

Su cultura profesional se ha consolidado con estudios en la casa de la UNESCO, en París, Francia y en la Universidad Río Piedras en San Juan, Puerto Rico y en su desempeño como especialista del Departamento de Educación de la OEA en el Centro Regional de Investigaciones Pedagógicas en la Universidad de San Pablo, Brasil, con estancias menores en Asunción, Paraguay; Lima, Perú; La Paz, Bolivia; Santiago, Chile y Barquisimeto, Venezuela.

El 20 de marzo le fue conferido el grado de Doctor Honoris Causa en Pedagogía por la Universidad Leonardo Da Vinci.

El 17 febrero de 2012 se le otorgó en acto solemne el grado de Doctor Honoris Causa en Educación por la Universidad Pedagógica de El Salvador.

Publicaciones:

- Planeamiento Integral de la Educación, síntesis de su doctrina (1967).
- Un Estudio titulado Masferrer Pedagogo (junio de 1970), en la Revista del Ateneo de El Salvador
- Tópicos Iniciales sobre Supervisión de la Educación (1972), edición bilingüe español-portugués. San Pablo, Brasil.
- Artículos para periódicos nacionales y en la Revista CULTURA que dirigió por muchos años la escritora Claudia Lars.
- Alberto Masferrer. Pedagogo-Político. (2007). Pedagógica Publicaciones.